Dos mujeres, dos épocas, una misma visión

Enrique Medina Vidaña

EL mes de abril está lleno de fechas importantes para recordar en la historia y en el devenir de nuestro país, aunque en esta colaboración me ocuparé solo de dos, emblemáticas ambas; una referida a un aniversario luctuoso, el de Sor Juana Inés de la Cruz y la otra, a un nacimiento, el de Doña Leona Vicario. Dos mujeres adelantadas a su tiempo, que supieron trascender el momento que les tocó vivir y que hoy día son referentes en los procesos de transformación de la imagen y el rol de las mujeres en la sociedad actual.

Juana Inés de Asbaje y Ramírez, mejor conocida como Sor Juana Inés de la Cruz, nació en San Miguel de Nepantla, actual ciudad de México, un 12 de noviembre de 1651 y murió en la misma ciudad, el 17 de abril de 1695, a los 44 años de edad. Sor Juana fue una prolífica escritora mexicana, considerada como la mayor figura de las letras hispanoamericanas del Siglo XVII; su genio se manifestó desde temprana edad, pues aprendió a leer y a escribir a los tres años, manteniendo durante toda su vida una inagotable curiosidad intelectual e independencia de pensamiento.

Mujer de gran rebeldía y claras convicciones, Sor Juana buscó a toda costa evitar que se le convirtiera, como a casi todas las mujeres de su época, en una esclava del machismo, en una mártir de la cocina o en una sierva de las tareas de la casa. Además de eso, harta de la vida en la corte virreinal de la que formó parte, decidió entrar a un convento porque, según ella misma dijo, “para la total negación que tenía al matrimonio era lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad de mi salvación”, lo que nos muestra que fue una mujer intelectual que durante su época ingresó en el mundo masculino del conocimiento y rompió con varias convenciones sociales.

En su vida en el convento practicó los oficios de contadora y de archivista pero, más que nada, se dedicó a la lectura, al estudio y a la escritura, como lo muestran la gran cantidad de villancicos escritos para las festividades religiosas, así como la gran variedad de sonetos, rondillas, décimas, silvas y liras que constantemente componía y que buena parte de su obra poética se compiló en el primer libro publicado, que se tituló Inundación Castálida, en el que se descubre a una poeta de la vida, del amor y de los requiebros de los desamores.

María de la Soledad Leona Camila Vicario Fernández de San Salvador, más conocida como Leona Vicario, nació un 10 de abril de 1789, en la ciudad de México y murió un 21 de agosto de 1842, a los 53 años de edad. Fue una de las figuras femeninas más destacadas de la Guerra de Independencia de México, mujer emblemática de su género, recordada por su arrojo y su valentía, quien además de ser hábil en la pintura, fue muy inteligente, interesada y activa en la política, la historia y la literatura.

Leona Vicario recibió una educación ejemplar de parte de sus padres, en una época en la que todavía se consideraba a la mujer como incapaz de aprender y de entender el

mundo de los hombres. Fue una mujer muy educada, con gran espíritu y fortaleza, disciplinada, bella, elegante distinguida y de gusto exquisito.

Fue aficionada a la literatura de su tiempo y mostró siempre un gran apetito por el conocimiento, lo que le permitió adquirir una amplia cultura, lo que le sirvió para desarrollar su sentido crítico frente al mundo, así como entender los problemas de su tiempo, ejercer su labor como periodista y participar activamente en la lucha revolucionaria.

Por sus convicciones, por su manera de describir y cuestionar la realidad de su tiempo, es considerada la primera periodista del país y fue conocida como “la mujer fuerte de la Independencia”. Su trabajo periodístico se pudo leer en diarios como El Ilustrador Americano, el Semanario Patriótico Americano y el Federalista.

Con alrededor de 150 años de historia y dos siglos entre sus vidas, Sor Juana Inés de la Cruz y Leona vicario son dos personas, dos mujeres, identificables en su rebeldía, en su desacuerdo con el orden establecido, especialmente en su crítica al rol que pretendidamente se le daba a la mujer en la época en cada una vivió. Las armas de lucha con las que irrumpieron en el mundo del conocimiento de los hombres fueron la inteligencia, la curiosidad, la independencia de pensamiento, el arrojo y particularmente la palabra.

Aunque ambas mujeres provenían de familias económicamente acomodadas, con un roce social encumbrado, las dos tomaron el riesgo de seguir sus ideales y en cierto modo, renunciar a la comodidad de la riqueza, para perseguir sus sueños y expresar su pensamiento.

La palabra escrita que nos heredaron, en la que ha quedado la evidencia expresiva de sus ideales y convicciones, ha hecho que el tiempo y la historia no las olviden y que sigan presentes en el ánimo de las mujeres de hoy, como ejemplos de lucha, de cambio y de superación.